

Esta feliz palabra de costumbre

Luis Cobiella

Estas diez liras se enviaron por la Navidad de 1981 en nombre de Luis, Concha, María y Mave Cobiella Capote.

— *Té pido que se abra
tu pecho a la palabra en que me entrego
para que la palabra
reciba en ti el sosiego
que le demanda su amoroso fuego.*

— *El fuego sosegado
se hace lumbre en la nublada incertidumbre
del establo ignorado.
Como el fuego en la lumbre,
amor sosiega amor en la costumbre.*

*Primavera concibe
la luz que alumbrará cuando la nieve;
y entretanto prohíbe
que la noticia leve
de su nacer palabra un ángel lleve.*

*Levantada la veda,
significando, anual, estremecida
flecha que en mí se queda
gozosa y acogida,
palabra hiere carne y cobra vida.*

Oficio de escribir

Un sí sé qué diciendo,
por la voz el establo conocido,
la palabra que entiendo
mi carne ha estremecido.
Le dije sí al amor y era nacido.

La paz en la que pace
la luz que se acostumbra a ser mirada
me lleva a donde nace
la gloria acostumbrada
a lucir desde el hombre y en su nada.

Mi mano en nochebuena
pinta dormido un niño y un sagrado
silencio de azucena
que el ángel ha dejado
entre las azucenas olvidado.

¡Oh tierna criatura
que se amiga en el pecho y lo pronuncia
con sólo su figura!
¡Oh gozosa denuncia
de amor hecho palabra en que se anuncia!

El niño así trazado
sobre mi carne dócil y entreabierta
cual fuego sosegado
promete llama cierta.
Dibujó una sonrisa y se despierta.

Esta dulce costumbre
de dibujar un niño sonriendo
sea la vida que alumbre
la voz con que te entiendo
y la carne que de ella está naciendo.

Sigue ahora una glosa de las diez liras anteriores

Advierto que no se trata de clave o explicaciones; si lo pretendiera, acabaría de perderse la pequeña ilusión de que las estrofas puedan ser poéticas. La poesía lo es porque no puede descifrarse o explicarse; y ello no porque consista en esencial imprecisión u oscuridad, sino por otra razón muy diferente: lo que se explica se abarca, se acaba; un cuadro queda explicado cuando se enmarca. La poesía trata de comunicar algo que trasciende al significado próximo o habitual de la palabra (la metáfora es una extrapolación de tales significados cotidianos): se llega así al borde de las palabras y allí hay que seguir sin palabras hacia la alta profundidad de sus resonancias. Se pasa así de la zona de lo entendido a la zona de lo sugerido; las sugerencias son los armónicos del significado habitual. La personalidad de un sonido se cifra en sus armónicos; por ello no hay que matar los armónicos, no hay que delimitar la significación, no hay que explicar una poesía.

También veo conveniente advertir que no me creo deudor de San Juan de la Cruz y la poesía mística afín. Un deudor lo será si previamente ha sido capaz de tomar prestado. Yo no soy capaz de lograr lírico préstamo; sí lo soy de resonar. Me son fáciles los ocios musicales y, en el caso presente, he pretendido que las diez liras resonaran con la música de San Juan de la Cruz; y no precisamente respecto a la «música callada» sino a la más superficial e inmediata de las resonancias.

Son muchos los objetos que pueden resonar cuando acontecen determinadas vibraciones; son muchas las personas a las que, por admiración, se les inducen rasgos de lo admirado; son muchas —y esto creo conveniente advertirlo también— y entre las muchas yo.

Con lo dicho he intentado comunicar la perspectiva en la que he escrito las diez liras y voy a escribir su glosa.

No es necesario decir más. Únicamente, por si la diferencia tipográfica pasa inadvertida, indicar que la primera lira es dicha por alguien que viene y da, y el resto por alguien que espe-

ra y recibe; San Juan diría, poéticamente, el esposo y la esposa; en este caso es imposible delimitar quién es quién, no tanto por defecto de metáfora o por disipación pretendidamente poética como por limitación del que escribe, y ésta última es la causa más afecta: acontece que nos queremos en plenitud, defectos incluidos; veo entonces en tal ambigüedad la positiva afirmación de que no es fundamental la individuación delimitada y que tal vez la realidad más real adolezca de semejante indefinición; si así sucede, la realidad también sentirá simpatía por las faltas, y en ellas se afirmará.

Glosas a las diez liras

Te pido

Es esencial un cierta menesterosidad. No se pide limosna; se pide. Es situarse en un nivel que no es el de mandar o cambiar. Cuando alguien nos pide nos mueve; y si, además —como, en efecto veremos— se acerca al pedir, nos conmueve. Somos entonces dóciles al movimiento, expuestos a una cierta obediencia que, en el fondo, era un deseo propio. Disponerse al movimiento es iniciar algo vivo y ello infunde un matiz de gratitud a quien, pidiendo, nos ha despertado el impulso. «*Te pido*» es una educación para la gracia.

que se abra

Como se abre una fortaleza, o el sobre que trae carta; como se abre una flor, o la puerta de casa dispuesta a recibir, albergar, acoger, abrigar: que todo ello precisa la tierna menesterosidad de quien pide.

tu pecho

No tu cabeza. Ser querido más que entendido. Nacer más de costilla de Adán que de cráneo de Júpiter.

Oficio de escribir

a la palabra en que me entrego

Es posible darse en una palabra. Se entrega quien escribe una carta, quien nos explica una situación, quien nos acepta o se niega: ¡qué enorme densidad, a veces, la de un breve sí, un breve no! Ala de la palabra es el deseo de darse; quien la pronuncia reservándose, da al aire torpes bultos que decaen, insignificantes, antes de llegar a destino. Puede referirse el amor a la capacidad de darse en la palabra, de modo que el mayor amor consista en la plenitud de entrega mediante la palabra.

para que la palabra reciba en ti

No hay dar sin recibir. Si la palabra da todo, -todo el ser de quien la dice-, recibe entonces el supremo don de ser escuchada. Recordemos que «oír y entender» es sólo la antesala de la escucha: restan luego más interiores e importantes actitudes: «acoger, abrigar, etc...» hasta el núcleo radical de «concebir».

Sentirse recibido equivale a sentirse oído, entendido, acogido, abrigado y, sobre todo, concebido.

el sosiego que le demanda su amoroso fuego.

Vuela la luz hacia la sombra, la voz hacia el silencio; busquemos, para ser, lo que no somos. Y el movimiento alado de tales urgencias se impulsa merced al bellissimo gradiente que llamamos ansia, fuego, desasosiego.

Arden las palabras en el ansia de ser recibidas; vuelan, llamas, hacia nosotros, palomares del sosiego. Para ser palomar basta a veces una breve respuesta: sí; para otorgar sosiego basta una sola palabra: hágase.

El fuego sosegado se hace lumbre

«Lumbre» es fuego sosegado: *sentarse* a la lumbre. La lumbre es un regazo donde el fuego duerme. El fuego se hizo tierno y anidó en la lumbre; la palabra se hizo carne y anidó en el hombre.

en la nublada incertidumbre del establo ignorado.

La palabra sí sabe dónde posar; pero a la carne se nos difuminan, inciertos, los palomares del sosiego. Tenemos los ojos todavía incapaces para detectar belenes; hay una neblina hecha de saberes que nos estorba transmirar los vientres dispuestos a anidar palabras.

Como el fuego en la lumbre, amor sosiega amor en la costumbre.

¿Qué será del fuego sin la levedad de la lumbre? Destruiría, en ráfagas urgentes, cuanto en su seno abraza.

¿Qué será del amor sin la suavidad de la costumbre? La costumbre amansa, reduce el daño pero no el abrazo. Sólo Dios fue capaz de abrazar al hombre en una noche única. Nosotros necesitamos aprender a querer en la costumbre anual de decirlo; como quien ante la luz cierra los ojos y ha de abrirlos poco a poco para mirarla cara a cara; poco a poco: de momento tan sólo veinte siglos.

Primavera concibe

Si no, no lo es. Todo lo que concibe es primavera: concebir es la boda de la imaginación con el deseo, así la primavera. Hay un momento de los sonidos incipientes, los colores recientes, el aroma y los brillos; si a tal se añade una irisación de piel, un deseo de ser canción, color, aroma y brillo, es Primavera.

la luz que alumbrará cuando la nieve

Una luz que no es luz, mas concebida. Un secreto de luz. Una esperanza de entregar la luz cuando más necesaria. En un más hondo vientre gravita el peso de saber que somos el suceso jamás sucedido. Todas las luces serán para inmediato destello, menos ésta, que es para guardar y aguardar durante nueve meses. Toda luz se estrena en primavera, menos ésta, destinada al invierno.

Oficio de escribir

*y entretanto prohíbe que la noticia leve
de su nacer un ángel lleve.*

Y todo ello en el secreto. ¿Qué tierra generosa retiene el brote hasta el invierno? Con la callada voz de su humildad fecunda, diría a los andares holladores: ¡cuidado, guardo aún una flor! ¡Todo un suceso único, la cósmica inflexión cifrada en la levedad de una flor esperada!

¡Oh el dolor de los ángeles que saben, porque trasmiran, y no pueden decirnos al oído: ¡cuidado con la tierra, guarda una flor!

La Primavera un día concibió la primavera y vio que, sólo al pronto prohibida, la noticia sería capaz de atravesar los siglos, ese vientre entretanto.

Levantada la veda,

Es lo leve, lo ligero, es el ala quien recibe el permiso de llevar la palabra. Cesó la prohibición: surgen los ángeles.

significando, anual, estremecida flecha

La palabra está libre: significa. Y lo que primero significa es deseo de ser alcanzada.

Alguien —y ya no es posible discernir en la amorosa aventura sagital quién el brazo que tensa, quién el arco, quién la flecha, quién el palpito cálido del vuelo— alguien lanza al amor en busca del amor, alguien pronuncia una palabra en este día, año tras año.

que en mí se queda gozosa y acogida,

Se estremece la palabra al clavarse en mi carne, su deseo. Las flechas de Eros, en Gabriel se vuelven avemarías:

palabra hiere carne y cobra vida.

cuando el amor se clava la carne queda herida y es la flecha, la palabra, lo que cuenta y lo que vive.

Un sí sé qué diciendo,

Es como un «no sé qué», no pierde su matiz de indiscernible; y al tiempo, es un «no sé qué» que sí sé; mas lo sé a través de sentires directos y no por mediaciones abstractas.

No sé cuáles son las palabras que me dice la Palabra recién clavada; pero sí sé lo que dice la Palabra.

por la voz el establo conocido,

Se esfuma la neblina de saberes que estorbaba trasmirar los vientres, veo en torno multitud de palomares del sosiego. Como el Pastor, el establo es conocido por la voz. Distingo la palabra que el establo me dice y al mismo tiempo mi palabra sabe decir el establo; mas sé que ambos modos expresan una misma situación.

la palabra que entiendo mi carne ha estremecido.

Entender no es tanto estar en el concepto como estar en la luz. Por ejemplo: no sé aún si los establos son los palomares de mis ojos o la epifanía de la pobreza. Pero sí sé —sí siento— que la palabra en tal Belén nacida me estremece, mueve, dice, y ése es el modo de entender en el que estoy.

Le dije sí al amor y era nacido.

Lo que se entiende de ese modo significa y dice vitalmente. Decir sí al amor es dar vida al amor; decir sí a la palabra es dar vida a la palabra. Vivir la palabra es hacerse la palabra. Sí significa *hágase*.

La paz en la que pace la luz

Cuando la luz sosiega su fuego en lumbre; cuando el entender es una irisación y no un razonamiento; cuando el ser es un estar; cuando la luz llegada se cura de urgencias y descansa en su término; cuando la luz se hace costumbre; cuando se está en la luz, la paz es un olor paciente de hierba lenta y cálida.

que se acostumbra a ser mirada

También la luz ha de habituarse cuando de pronto irrumpimos. Nuestra mirada la deslumbra en el primer instante.

El ave acariciada ha de acostumbrarse a la inevitable tosquedad de nuestras manos; el agua, a la rudeza de nuestro cuerpo; el aire, a la torpeza de nuestros movimientos; el amor habrá de acostumbrarse a las esquinas de esta carne, al balbuceo de estos labios, a las neblinas de estos ojos, a la tardanza de nuestro corazón.

me lleva

La paz, al menos la paz de los vivos, no es exclusivamente quietud. La vida va desde la paz, con la paz, hacia la paz. Sólo a la muerte se le dice: «descansa en paz», *requiescat*; a la vida se le dice: «vete en paz», *vade*. La estatua no es esencial quietud, no es un descanso en la paz sino un movimiento hacia la belleza; la paz excluyente estorba en el modelo y en el escultor. La paz es iónica. La paz de Dios le llevó hasta el hombre.

donde nace la gloria

Mas tampoco la paz es exclusiva inquietud, al menos la paz donde la vida nace, no de molino limpio de gérmenes, no de quehaceres vírgenes ni desfiles impolutos, sino de la quietud de charco, donde los gérmenes pululan.

La belleza nace de esa paz humanísima llamada ocio. La ciencia de la paz es la paciencia, y en ésta nace la bondad;

acostumbrada a lucir desde el hombre y en su nada.

La paciencia, tan necesaria para que la gloria se habitúe a su nuevo trono: esa pequeña inercia, esa opaca torpeza, esa querida nada desvalida que llamamos hombre.

Mi mano en nochebuena pinta dormido un niño

Con la misma sencillez, con la misma delicadeza que se pinta un ser dormido, así la pala-

bra se dibuja en la carne y un niño se concibe. Unas veces un ángel nos lleva la mano; otras, la mano traza sola; mas no nos engañemos: siempre es un ángel, visible o invisible, quien sugiere el contorno de la felicidad.

y un sagrado silencio

Hemos de aprender, en este oficio de pintar glorias felices, que el silencio es un ángel necesario; tal vez el más solícito; siempre el más íntimo y suave de los ángeles.

de azucena

Hay silencios de bosque, de rosa, de azucena.

que el ángel ha dejado entre las azucenas olvidado.

Veces hay en que el sagrado ángel del silencio se marcha y olvida llevar el silencio consigo. La intimidad entonces queda tan respetada que es posible la mayor maravilla sin que se turbe un átomo de estancia.

Nadie, el silencio y yo: se puede entonces concebir a Dios. Y uno bendice la levisima causa primera de esta cósmica beatitud: un silencio olvidado. Nadie, el silencio y yo: ¡oh noche de radiante oscuridad!

¡Oh tierna criatura que se amiga

«Algo» es palabra para la indefinición, la duda, lo difuso; a veces es el límite de lo desvanecido a fuer de tierno, de lo impalpable a fuer de delicado, a cuya comprensión cualquier limitación formal estorbaría, a cuya esencia turbaría tal vez hasta la propia esencia.

En este sentido es «algo» lo que de pronto se presenta y se amiga. Acontece una amistad, detectada por cada una de las infinitas centinelas de la persona, aflorada sólo en una huella de gratitud, respuesta común de las pequeñas soledades en que la persona consiste.

«Algo» se amiga dócilmente, como se amiga un niño indefenso; se amiga fielmente, como sólo es posible la amistad: configurándose con el amigo.

Algo nos acaricia; y al recorrer, una por una, las infinitas formas de nuestra persona, la copia, como llave en cerradura, y la abre.

en el pecho

En el pecho se centra todo el cuerpo; a él va la mano cuando la persona quiere señalarse. Contra el pecho se aprieta lo que se ama.

y lo pronuncia

El pecho, el cuerpo, la persona, quieren ser. «Querer ser» debía ser un verbo con naturaleza y rasgos específicos. Querer-ser es el latido actual —real—, es el elemento constitutivo. Querer-ser es un átomo de vida, cuya repetición integra estos pedazos de vida que somos. Falta precisar dos condiciones del verbo querer-ser esencialmente vitales: *ahora* y *ante alguien*. Así tenemos completa la partícula elemental en que la vida consiste: querer-ser-ahora-ante-alguien. Es esencial que alguien sepa que somos y queremos hacerlo saber ahora; delante de todos, *pro*, ahora, *nunc*, lo hacemos saber, *scire*. Sólo lo amigo es capaz de detectarnos hasta la primigenia esencia y se apresta a *pro-nun-ciar-nos*.

con sólo su figura!

La figura del amigo es la nuestra para que la nuestra aprenda a ser la suya.

Nuestros ojos no son capaces de aprehender la plenitud de una figura que se nos acerca amiga; y han de ser palabras explicadoras las que disipan neblinas para llegar a contemplar sin merma. Pero cuando la figura es muy amiga dice sin necesidad de palabras; y no sólo porque disipa nieblas, sino porque, de tan amiga, las nieblas la conocen y la pueden ver.

De todos modos, lo más importante es el decir por contagio; basta entonces la presencia del amigo: es una fuente desde donde el amigo se derrama y cuanto le rodea se contagia de luz, de paz, de compañía, de belleza.

Oh gozosa denuncia

En tal presencia ya es posible la primer pregunta y la primer respuesta: ¿quién existe? ¡Yo! Se denuncia al contagiado culpable de nuestra existencia, ¡oh gozo!

de amor

Siendo mismas la figura denunciada y denunciante amor se llama esa divina confusión, fundidos el vuelo y el nido, la palabra y la carne. Y no temamos estorbar el amor con el término «confusión»; por mi parte prefiero decir de él «pura confusión» más que «pura intelección».

hecho palabra en que se anuncia!

He aquí una persona cuyo amor la dice, cuya carne se hace palabra capaz de anunciarla.

El niño así trazado

No existe otro milagro que el de la encarnación, tras la cual toda otra maravilla es consecuente corolario. Importa, por lo tanto, dibujar un niño

sobre mi carne dócil y entreabierto

sobre un lienzo dócil al trazo; importa que la palabra que diseña llegue a la entraña y para ello importa que no nos importen demasiado los peligros de la noche, y no cerrar del todo nuestra casa y asegurarnos de conservar lo propio; importa que nos expongamos al furtivo porque tal vez nos hurten el deseo de cerrar para estar solos: ¡bendita, entonces, la noche!

cual fuego sosegado

Porque no era un ladrón furtivo sino una palabra ardiendo en ansias de ser recibida. Una llama en busca de materia para hacerse lumbre y entonces alumbrarse, verse en lugar y

tiempo, y alumbrarnos, vernos infinita y eternamente. Cunde la sensación de lo infinito y eterno cuando estamos en paz y silencio junto a la brasa, esa lumbre pequeña, ese fuego sosegado.

promete llama cierta.

Desde lumbre pequeña, sabemos que la llama posible sólo es posible si es antes brasa. Sólo de este pequeño amor, de este niño tan torpe y desvalido, puede arder el amor que crece en llama e ilumina el universo.

Dibuja una sonrisa y se despierta.

Como los hombres primeros sobre el fuego incipiente, Dios sopló para infundir al hombre en el barro. Amor dibuja una sonrisa para infundir al hombre en la Palabra.

Esta dulce costumbre

No hemos querido olvidar lo que hace el amor para nacer. Sabemos que lo que hace vale porque el amor lo hace; pero se nos escapa el amor si no lo anidamos en cualquier hábito concreto, delicado y abierto:

de dibujar un niño sonriendo

exhalar un suspiro, dibujar un niño sonriendo.

Cualquier hombre que dibuje una sonrisa

recobra la ternura de un niño pequeño. Cualquier edad, cualquier siglo, cualquier roca, cualquier árbol, cualquier querer que sonría, es reciente, como acabado de nacer.

sea la vida que alumbre

En lo recién nacido anida toda la potencialidad de la vida que luego, deviniendo en acto, decrece hasta la muerte.

En lo recién nacido está la máxima diafanidad, un brillo que no ciega ni se nos impone desde arriba, sino que nos llega por grados, transversalmente, desde algo que está al lado de nosotros, que nos es próximo, familiar, íntimo.

la voz con que te entiendo

Cuando hablamos a lo recién nacido, lo hacemos no tanto para que nos entienda como para entenderlo.

Quien de verdad escucha, quien de verdad entiende es el que ama; el amor está por encima del don de lenguas, del don de inteligencia y el de sabiduría: una niña, en un pueblo ignorado, puede entender todo si ama del todo:

y la carne que de ella está naciendo.

por ejemplo, entender cómo puede nacer el hombre de una palabra cuando amor la dice; cómo puede nacer la palabra cuando alguien ama; sí: cómo puede decirse la palabra cuando un hombre ama: un hombre, o una niña. **A**